

Ética en psicoanálisis. Política del síntoma

¿Qué quiere decir esto último?

De las profesiones imposibles enumeradas por Freud la del psicoanálisis es la única en la cual técnica y ética deben formar una única cara moebianamente unida. Un derrape en su praxis deviene uno ético. Y su política debiera solo ser la del síntoma. Pero...¿qué significa esto?

En su seminario *La ética del psicoanálisis* Lacan no basa su ética en una serie de preceptos morales que bajarían de los cielos de algún padre o ente legislador, sino del respeto al borde de *das Ding*, la cosa incestuosa, núcleo (*kern*) del Otro y por extensión del otro humano que ni la maquinaria simbólica ni nuestro apetito de cualquier índole debieran abolir en su avance. Ese respeto por lo real del Otro /otro es el núcleo ético del psicoanálisis.

Es eso lo que los griegos llamaban leyes no escritas, de la *diké*, que hacen humano lo humano. Las escritas en cambio, las del *nomos* debieran tener su raíz en las de la *diké*: la prohibición del incesto, del asesinato y obligación ritual de enterrar al muerto dado que aun muerto es nuestro semejante.

El síntoma, encarnado en Antígona al impedir Creonte la sepultura de Polinices, se cruza justamente como chillido de lo real que intenta detener el avance desmesurado de lo simbólico cuando las leyes del *maître*, necesarias para el funcionamiento de la ciudad, viran a capricho del patriarca. Tal el *kerigma* (decreto desmesurado) de Creonte, que viola las leyes de la *diké*. Nuestra política es la del síntoma, intento de detención de la desmesura. Frágil equilibrio entre la ley necesaria para que un sujeto o una comunidad de lazo social funcionen y su borde sintomático cuando esta ley se excede, teniendo en cuenta que el síntoma constituye un límite al precio de ser una escritura liminar salvaje.

Por ahí ronda el real que debiera regir la ética del psicoanálisis, que lo que los analistas debiéramos tratar de preservar, rescribiéndolo, asumiendo la responsabilidad de contribuir del resguardo del psicoanálisis en la cultura.

Recordemos singularidades únicas de la cura analítica: es la única que da palabra a quien sufre y solo acepta la suposición del analizante de otorgarnos el saber sobre cómo sacarlo del atolladero como una *tromperie* eficaz. Alrededor de nuestra presencia se va plasmando una forma extraña en que en cada cura nos transformamos, nos dejamos tomar como una materia moldeable que el analizante esculpe haciendo aparecer el perfil de un objeto que alguna vez formó el núcleo de una especie de capullo, fantasma en otro tiempo protector pero que al momento de la consulta ahoga y detiene la vida del paciente o bien lo envía a actuar sin freno ni medida.

Ese capullo antes protector impide ahora lo que Freud postula para los finales del análisis, cuando ese englobamiento (que Lacan llamó *cross-cap*) debe cortarse por el buen lugar

para restituir al sujeto la capacidad de (cito a Freud en alemán) *Genuss und Leistungsfähigkeit*, no tanto “amar y trabajar” como gozar del buen modo y ser capaz de producir para su propia vida.

Logrado esto, el analista se torna superfluo. Y será eyectado como representación del objeto tal como bien sabemos. He ahí el real del que hablamos. Un analista *good enough* (apenas bueno) acepta ese destino de *palea* (paja) que rodea el grano precioso que no es suyo, y cuyo borde escribe la letra. Aún eyectados debemos ser sus escribas.

Ese real que debemos proteger tiende a su desconocimiento, cuando no, ahora cito “a su negación sistemática”.

Freud describió el modo más frecuente de esta negación radical: la formación de masas humanas, multitudinarias, o en psicoanálisis de pequeños grupos; hasta llegar a ser masas de a dos. Se trata nada menos que la treta de todas las tretas: la reunión de ideal y objeto en un líder que tapona al máximo el hiato que, al revés, el resguardo de lo real debiera denodadamente dejar abierto.

Según comenta Lacan, Freud, a quien reconoce como su *maître*, advirtiéndole que su descubrimiento no podría ser transmitido por los discípulos, renuentes a salvaguardar el surco tajante de su letra, aceptó la internacional que se estaba pergeñando. La quiso como una suerte de sarcófago para que el psicoanálisis, por algún tiempo, se mantuviera en estado de vida latente, en estado vegetativo, esperando al lector de la letra que allí yacía esperanzada de encontrar su lector, para llegar a destino a su tiempo.

Lacan se describe a sí mismo como insuflando vida a la momia, que, leyendo la letra despierta ese *corpus* de práctica y formalización, reabriendo ese surco esterilizado. Surco de erosión formado por la Cascada de Letras.

La constitución de un grupo donde la depositación de ideal y objeto en quien dirige, sea una internacional o un grupo de hecho; se haga llamar como sea, se transforma en lugar (cito) de “rutina que asegura nuestro confort”, con efectos pesados de aburrimiento. Junto con obsecuencias que no deben confundirse con el respeto, terminan por devenir síntomas de falta de vitalidad, de obliteración de la letra, de, por qué no pensararlo, enlodamiento del surco, ya no tajante.

Esto que describo puede sucederle a cualquiera de no tener en cuenta esa dificultad tan singular de maniobrar con ese fuego frío que es el real con que trabajamos, que también quema y más aún, del cual somos el material a descartar cuando concluya cada análisis. Muchas veces, probablemente sin darnos de ello cuenta, nos resarcimos de esa caída que sucede en cada análisis en el ámbito del lazo social analítico donde, al revés, debiéramos intentar escribirlo y resguardarlo. Sobre todo quienes por su lugar histórico y simbólico marcan/marcamos los vectores a donde apuntan las políticas del psicoanálisis.

Estas debieran ser las del síntoma. Porque el síntoma es justamente, como dije más arriba, el chillido de lo real que hace límite al empuje necesario, pero que no debiera tampoco

excederse, del discurso *maître*. Cuando este se extra/limita lo real del síntoma aparece y es la política del psicoanálisis darle su lugar.

Volviendo al seminario de la ética: Antígona se hizo síntoma, escritura salvaje del decreto desmesurado de Creonte. Quien no funcionó como padre de su polis, sino como patriarca, neoplasia invasiva y potencialmente mortal de la función del operador estructural paterno.

Lacan había fundado su escuela como “refugio contra el malestar en la cultura” con la esperanza de lograr un espacio “libre de *todo* efecto de grupo”.

Claramente la cosa no funcionó. Las razones de más bien un ejercicio de escuela a veces a contrapelo de esas aspiraciones resta por ser interrogado. Una parte del apartamiento de esos propósitos, quizá excesivos, se debió a los efectos de grupo y a los liderazgos carismáticos que se reclamaban y que a veces se ofrecían en ese ámbito. Porque, tal como lo describió Etienne de la Béotie en su *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, resulta más cómodo dejarse guiar que decidir y pensar a cuenta y riesgo propios.

En este breve espacio trato de recordar que nuestra labor tiende al despertar, a “decir que no” al hecho de que cualquier grupo se consolide en el sentido y evite dar lugar a escribir la letra que ciñe lo real de una forma menos salvaje que la forma en que la rodea el síntoma, y no solo en nuestra práctica en intensión. Sino también en este ámbito de la extensión. En que parece tan arduo.

Resulta en la polis un tema tan crucial como candente, en un momento en que el discurso totalizante de la ciencia disputa al psicoanálisis el sufrimiento “mental” del sujeto, pretendiendo estandarizarlo.

Al pretender eliminar lo real del síntoma expropia al sufriente de su escritura, salvaje pero suya, y se lo desapropia de su saber.

Ejercitar la política del síntoma equivale a respetar la ética que nos reúne, en el trato con una letra salvaje que no aspira a su domesticación. Sino a su reescritura.

Silvia Amigo